

María Cruz ROMEO / María Pilar SALOMÓN / Nuria TABERNERA (eds.)

Católicos, reaccionarios y nacionalistas: Política e identidad nacional en Europa y América Latina contemporáneas

Comares, Granada 2021, 242 pp.

Los historiadores contemporaneístas han aparcado ya casi completamente la vieja hipótesis que caracterizaba la idea nacional como un concepto liberal y moderno y, por ello mismo, antagónico en su misma naturaleza con el catolicismo, antiliberal y antimoderno. Los trabajos reunidos en este volumen, editado por las profesoras de historia contemporánea Romeo y Tabernera, de la Universidad de Valencia, y Salomón, de la de Zaragoza, se encargan de revelar aspectos diversos en torno a los discursos nacionalistas de católicos políticamente militantes en distintas sociedades de la Europa latina (España, Italia, Francia y Portugal), así como de la América hispana (Colombia y Argentina), en un arco temporal que ocupa principalmente la segunda mitad del siglo XIX y, sobre todo, la primera del XX. El denominador común a todos ellos es precisamente la importante imbricación que experimentaron las ideas religiosas y políticas reaccionarias (en el sentido de antiliberales) y los discursos netamente nacionalistas.

El primero de los capítulos («La nación de la Iglesia en la España del siglo XIX») lo firma precisamente la primera de las editoras, en el que nos presenta a algunos escritores eclesiásticos que se ocuparon, en Italia y España, de la cuestión nacional desde la perspectiva católica. Romeo subraya la importancia del momento del Bienio Progresista (1854-1856) en España para la formación de una idea de nación española esencialmente católica, como queda de manifiesto en la novela *Alfredo, o la unidad católica de España* (1864) del escolapio Pedro Salgado. De acuerdo con la interpretación

de este religioso, la nación no surgía de una especie de contrato hobbesiano o rousseauiano, sino que era la manifestación de un derecho de origen divino que se concretaba en la historia de cada pueblo. De este modo, ciertas naciones eran católicas en su misma esencia, de manera que dejarían de existir si perdiesen esa identidad. La nación, en definitiva, para Salgado, era fruto prescriptivo de la historia y no resultado de la decisión soberana del pueblo.

Nicola del Corno, de la Universidad de Milán, distingue en «Una nación, varias patrias. La idea de Italia en el pensamiento reaccionario anti-*Risorgimento*» del siglo XIX, tres niveles de análisis: patria, Estado y nación. La patria es la localidad, la comarca o región, la nación es Italia porque es la condición de italiano. La patria es permanente porque es el lugar donde se nace y vive, el Estado es el resultado de la política de los príncipes, que no atañe al paisano. Para los escritores contrarios al *Risorgimento* que estudia el autor, la nación italiana ciertamente existe, pero no necesita ser un único Estado; puede ser feliz dividida en varios Estados, porque así es como prosperó la Italia cristiana de la Edad Media o del Renacimiento.

Alexandre Dupont, de la Universidad de Estrasburgo, recorre, en «El nacionalismo contrarrevolucionario francés: un precoz ejemplo de nacionalismo antiliberal», esa corriente ideológica durante el siglo XIX y hasta la proclamación de la III República (1870), de acuerdo con las tres grandes derechas que había identificado Rémond: la legitimista, la orleanista y la bonapartista, a la que añade la católica intransigente.

Manuel Suárez Cortina, de la Universidad de Cantabria, analiza, en «Catolicismo e identidad nacional. Las experiencias colombiana y española en el fin de siglo», cómo es posible caracterizar en ambos ejemplos «la relación entre religión y política en los países católicos, desde el análisis del tratamiento constitucional que la Regeneración y la Restauración dieron a las relaciones Iglesia y Estado, de un lado, y al papel de la religión como cimiento de la identidad nacional, de otro» (p. 61). Examina, en ese sentido, las constituciones española de 1876 y colombiana de 1886 y los concordatos de España en 1851 y de Colombia en 1887, así como el discurso nacionalcatólico e hispanista de dos grandes referentes en cada uno de estos dos países: Marcelino Menéndez Pelayo y Manuel Antonio Caro. Concluye refiriéndose brevemente a la división entre intransigentes y posibilistas, así como al influjo que ambas corrientes españolas ejercieron sobre sus homónimas colombianas.

Javier Esteve, de la Universidad de Chile, estudia en «El corazón y la bandera. Religión, nacionalismo y movilización en las derechas españolas de entresiglos», «el fenómeno de la nacionalización y politización de las devociones religiosas, así como el papel que tuvieron los cultos impregnados de nacionalismo en la movilización física y simbólica orientada hacia el espacio público, el combate contra la secularización y la transformación de las relaciones entre las culturas políticas de la derecha española» (p. 86), alrededor del auge de la devoción del Sagrado Corazón de Jesús, con especial atención a la controversia que, en 1899, se produjo en torno a las placas que, con esta iconografía, colocaron particulares por toda España en el exterior de sus viviendas. La contrainiciativa izquierdista de fijar emblemas republicanos llevó a las autoridades de diversos lugares a res-

tringir ambas manifestaciones de libertad ideológica.

En «Catolicismo social y nación española, entre la Primera Guerra Mundial y el miedo a la revolución (1914-1920)», María Pilar Salomón defiende que durante los años de la Gran Guerra y de su inmediata posguerra, años de creciente conflictividad social en España y de generalizado temor a la revolución, el recurso a la patria fue intensificándose en el discurso católico social. La autora señala cómo la prensa católica se mostró en general germanófila porque Alemania representaba el orden y la autoridad, mientras que Francia era el laicismo por antonomasia. Las izquierdas liberales eran aliadófilas por las mismas razones. Vázquez de Mella propugnaba, dando voz a una extendida opinión, la neutralidad del Estado y la germanofilia de la nación. La entrada de Italia en la guerra del lado de los aliados reforzó aún más el discurso católico. En los años finales y posteriores a la guerra se reveló imperioso plantar cara a la revolución, para lo que se exhortó a obreros y patronos, pobres y ricos, a contener sus egoísmos de clase por el bien y salvación de la patria.

Alfonso Botti, profesor de la Universidad de Módena, es el autor de referencia para la historia del fenómeno y el concepto del nacionalcatolicismo en España. En «Nacionalismos inmoderados y nacionalismos admitidos: los nacionalcatolicismos», Botti parte de la distinción magisterial entre un nacionalismo inmoderado, condenable, y otro con el que sí que podía coincidir el catolicismo. Esa mezcla de nacionalismo y catolicismo se dio en varios países, pero fue en España donde alcanzó un carácter paradigmático. Fue en nuestro país en donde se acuñó el término y en donde, en último término, se realizó la idea. Para el historiador italiano, la categoría de nacionalcatolicismo ha tardado en ser incorporada por

la historiografía más allá del caso español. Durante bastante tiempo, no se consideró que el caso en buena medida único del franquismo tuviese utilidad alguna para explicar otros fenómenos europeos. Para Botti, sin embargo, se trata de una categoría solvente, como lo demuestra su introducción en los análisis de realidades tan distantes como las de Bélgica, Eslovaquia o Argentina.

En «Antonio Sardinha (1887-1925) y España», Ana Isabel Sardinha Desvignes, de la Universidad de París III-Nueva Sorbona, realiza una semblanza del fundador, en 1914, del integralismo portugués, después de su conversión político-religiosa de 1912. El integralismo fue un movimiento reaccionario y monárquico –Portugal se había convertido en república en 1910–, al que Sardinha añadió un matiz muy sugerente, el de la «alianza peninsular». No se trataba de un iberismo, al modo liberal y decimonónico, de fusión de ambas naciones, sino de una comunidad de propósito de las dos naciones católicas herederas del mismo grandioso legado de la Reconquista y del imperio ultramarino. Los planteamientos de Sardinha, que influyeron notablemente en Ramiro de Maeztu, propugnaban un programa de reconstrucción espiritual de la cristiandad desde lo hispánico.

Alessandro Campi, de la Universidad de Perusa, identifica, en «Las derechas italianas y el fantasma de la nación: de Corradini a Salvini (pasando por Mussolini y Berlusconi)», cinco fases en el desarrollo del nacionalismo italiano desde la unificación. Desde el punto de vista de la historia de la Iglesia nos interesan sobre todo la primera y la tercera. La primera de estas fases se caracterizó por un nacionalismo laicista, autoritario, antiliberal y con un importante énfasis en el desarrollo industrial del país, un nacionalismo también agresivo, imperialista y belicista, que empujaría a Italia a participar en la Primera Guerra Mundial,

incluso sin tener previamente una especial adhesión o aversión hacia ninguno de los dos bandos. Tras la derrota en la Segunda Guerra Mundial, el nacionalismo extremo, tanto en su versión *risorgimentista* como en la fascista, quedó profundamente desprestigiado. Fue el momento en el que el espacio de la derecha quedó ocupado por la Democracia Cristiana, toda vez que se hubo consumado la conciliación entre el catolicismo y la democracia postfascista. Merece la pena mencionar, asimismo, la poco convencional interpretación del fascismo que hace el autor, al restar importancia al nacionalismo en sí como elemento ideológico constitutivo, frente al mero mito del Estado y a la idea de imperio.

Ismael Saz, de la Universidad de Alicante, establece, en «La transnacionalidad del nacionalismo español: España y Europa, 1898-1969», un análisis comparativo de lo que conceptúa como nacionalismo español reaccionario, identificándolo con la propuesta política de la asociación cultural Acción Española y en relación con fenómenos similares en Francia, Italia y Portugal. Analiza una primera fase, entre la crisis del 98 y el advenimiento de la República, en el que la influencia más destacada es la Acción Francesa de Maurras, a pesar de su carácter problemático desde el punto de vista del catolicismo político. Saz destaca cómo, de entre los cuatro nacionalismos reaccionarios considerados en el capítulo, fue el español el que más énfasis puso en la dimensión religiosa. De acuerdo con Saz, la ideología de Acción Española se convirtió en hegemónica en la cultura política del franquismo, incluso en los momentos de mayor poder de Falange. Con el declive del fascismo español a partir de 1943, el régimen no hizo sino «subrayar cada vez más su carácter puramente católico y tradicional español, lo que cuadraba perfectamente con la cosmovisión del nacio-

nalismo reaccionario español» (p. 187). El legado de esta trayectoria lo recogió Calvo Serer y el grupo Arbor, que en buena medida convirtieron a España en el epicentro intelectual del nacionalismo reaccionario europeo. El grupo Arbor se enfrentó durante los años cincuenta con un falangismo renovado y con el catolicismo político que evolucionaba hacia la democracia cristiana. Concluye el autor que la ley de Principios Fundamentales del Movimiento fue el éxito de la visión de España y de la comunidad política de Acción Española, de modo tal que «el sueño de Maurras solo se realizó en España» (p. 197).

Las dos últimas contribuciones nos trasladan a la Argentina de entresiglos y a sus discusiones acerca de la identidad nacional. Nuria Taberner, en «La nación argentina en fiesta: 1910 y la controvertida conmemoración del centenario de la independencia», observa cómo alrededor de aquella gran efeméride se confrontaron interpre-

taciones diversas acerca de la identidad nacional argentina. Frente a la tradición republicana, cívica y laica preponderante hasta entonces, se alzó una interpretación, complementaria más que excluyente, que concedía un nuevo valor a la tradición hispánica y al catolicismo. Daniel Lvovich, de la Universidad de General Sarmiento, por su parte, analiza, en «Las naciones del “nacionalismo cultural” argentino a inicios del siglo XX: Migraciones, anarquismo y homogeneidad cultural», dos obras que son consideradas precursoras del nacionalismo argentino: *La restauración nacionalista* (1909), de Ricardo Rojas, y *El diario de Gabriel Quiroga* (1910), de Manuel Gálvez. De inspiración laica y democrática una y de sentido hispanista, católico y antiliberal la otra, ambas expresaron preocupaciones argentinas en torno a la identidad nacional.

Rafael ESCOBEDO ROMERO
Universidad de Navarra

Silvia SCATENA

Taizé, une parabole d'unité : Histoire de la communauté des origines au concile des jeunes

Brepols (Col. Bibliothèque de la Revue d'Histoire Ecclésiastique, 108), Turnhout 2020, 650 pp.

Silvia Scatena es profesora de historia contemporánea en la Universidad de Módena y Reggio Emilia, directora de la revista *Cristianesimo nella storia* y autora de un imprescindible volumen sobre la libertad religiosa en el Concilio Vaticano II, *La fatica della libertà*. Últimamente, ha dirigido sus esfuerzos a la historia de la recepción del Vaticano II en Latinoamérica y a la historia del ecumenismo.

El volumen que presentamos representa un notable acierto editorial ya que desde

hace muchos años se reclamaba entre la comunidad académica una historia sobre Taizé y su influencia en el ecumenismo basada en los archivos y en las fuentes documentales. La obra clásica de Restrepo databa de 1975 y se sustentaba sobre cuatro largas entrevistas al hermano Roger.

El título del libro, *Taizé, una parábola de unidad*, merece una aclaración. El término «parábola» ha sido empleado por la misma Taizé, a lo largo del tiempo, para explicar el carácter de la comunidad. Su primer uso